señanza tan saludable, y con qué dolor se ve que no todos los cristianos se aprovechan de ella! Los últimos momentos del verdadero creyente son dulces y serenos; los del impío horribles y llenos de espanto, no sólo para él, sino para cuantos le rodean.

V

Cesó el toque de agonía, y en su lugar hicieron las campanas la primera señal de doble.

Avila entera se conmovió al oirle; todos perdían en Doña Beatriz algo digno de eterna memoria; sus iguales, el perfecto modelo de las virtudes más sencillamente practicadas; la amiga bondadosa é indulgente, pronta siempre á consolar al que sufría; la sabia consejera, cuyo claro talento allanaba las situaciones más difíciles; los pobres, su constante bienhechora y tierna madre, especialmente de los más humildes y desvalidos.

Mientras rodeados de parientes y amigos se entregaban los individuos de la familia á su justo dolor, ó cumplían los penosos deberes propios de tan tristes circunstancias, hubo algunas horas de trastorno y separación, durante las cuales Teresa fué completamente olvidada. Aprovechando esta libertad, sin darse cuenta de ello, la niña se apresuró á buscar la soledad; pero un desasosiego infinito no le dejaba punto de reposo; ligera como una sombra cruzaba las cámaras y galerías, casi todas obscuras; pues aunque había cerrado la noche, el desorden y confusión que en la casa reinaban no permitía á los criados alumbrarla convenientemente.

No hay nada comparable á la tortura moral que sufre el corazón cuando pasa por tan dolorosas pruebas, mucho más crueles para la criatura educada en el seno de una felicidad sin nubes, cuyo primer pesar es la pérdida de una madre tiernamente amada: así, aunque su ardiente fe endulzaba algo á Teresa la amargura y gravedad de tal pena, como no hecha á sufrirlas se hallaba abrumada, y con tan hondo vacío en sus afecciones, que le parecía no bastaba á llenarlo ni el amor de su padre ni el tierno cariño que la unía con sus hermanos. Los sollozos la ahogaban, y, rebeldes los labios, se negaban á exhalarlos: el ardor de la fiebre había secado sus ojos, y asombrábase la inocente de tener tan gran sentimiento y no serle posible derramar las abundantes lágrimas, que fácilmente consuelan los pesares de la infancia.

Al pasar de una habitación á otra hallóse en la cámara donde hacía labor con su madre, y ante una imagen de la Virgen, á quien Doña Beatriz tenía suma devoción: iluminábala dulcemente la luz de una lámpara, y al fijar la niña en ella sus ojos, sintió llenársele el alma de celestiales consuelos. Todo en aquella estancia le hablaba de la madre que había perdido; y aunque veía en cada objeto un recuerdo, se encontraba mejor que en ninguna otra parte: allí estaba el sitial de roble esculpido donde se sentaba; el cesto de la costura perfectamente arreglado por ella, la rueca medio llena de lino y el huso pendiente á su lado: en fin, sobre una mesita, el rosario y el libro de Horas en que diariamente rezaba.

A medida que Teresa reconocía y saludaba

desde el fondo de su alma, como tesoros de inapreciable valor, todo lo que á su madre había pertenecido, los ojos se le llenaban de lágrimas, y, por último, éstas descendieron á raudales por sus mejillas. Arrodillóse delante de la Virgen, y tendiendo hácia Ella sus temblorosas manos, exclamó:

—¡Santa Virgen María, ya no tengo madre; sélo Tú, que lo eres de todos los huérfanos y afligidos!

Bastantes años después, al referir este triste episodio, decía con elocuencia y tierna sencillez:

«Cuando murió mi madre, quedé casi de edad de doce años; al empezar á entender lo que había perdido, fuíme á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza me ha valido, pues conocidamente he hallado á esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado á Ella.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. I, núm. 3.)

VI

Las oficiosas conversaciones de los pobres vecinos que rodeaban la casa de la familia Cepeda, nos han hecho saber la piedad y eminentes virtudes que la adornaban, así como el escudo de armas publicaba los blasones de su calificada nobleza; la ternura y dignidad, el valor y honradez de D. Alonso, preciosa herencia de sus antepasados, igualaba con los méritos de su consorte y las inocentes gracias de la numerosa prole que el Señor se había dignado concederles. Hermosura,

candor, vivo ingenio y madura razón, unidas á los encantos infantiles, se hallaban abundantemente repartidos en aquel coro de ángeles humanos, que no sólo encantaban á sus padres, sino á cuantos tenían la dicha de tratarlos.

Sin embargo, en este plantel de escogidas flores descollaba una como el lirio entre el musgo de los valles, y creemos inútil decir que era Teresa.

El miércoles 28 de Marzo de 1515, á las cinco de la mañana, abrió sus ojos á la luz la que había de brillar como fúlgida estrella en el hermoso cielo de la Religión. Reinaba en Castilla Doña Juana, madre del emperador D. Carlos, y gobernaba por ella su padre D. Fernando el Católico; presidía la Silla de San Pedro el Pontífice León X, y faltaban menos de dos años para que el perverso Lutero levantara la bandera de su abominable herejía. ¡Misteriosos designios de la Providencia, que para contrarrestar los males que había de causar el apóstata agustino hacía nacer á la heroica virgen para remedio y salvación de innumerables almas!

¿Por qué secreto impulso inscribió Cepeda la nota de esta fecha venturosa, con detalles que no tuvo con ninguno de sus otros hijos? ¿Sintió acaso presentimientos de los altos destinos que el cielo reservaba á la tierna criatura? Extraño es que en familia tan numerosa, donde había varones de esclarecido mérito que perpetuasen el ilustre nombre de la casa, se acogiera esta niña con tanto amor como alegría; todos la consideraban como si fuera sola, y desde el primer instante de su vida la rodearon de comodidades y regalos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

disputándose el placer de acariciarla y satisfacer sus menores deseos. Esta atmósfera de tranquila paz y extremoso cariño sembró en ella el germen de la exquisita delicadeza y suave ternura para con sus semejantes, que fué el motor principal de sus nobles acciones.

No tuvo, por cierto, que arrepentirse nunca la familia del afecto que le prodigó. Teresa era dulce, sumisa, aplicada y agradecida; jamás aprovechaba la influencia que tenía sino para ejercer el bien, á medida que sus débiles fuerzas alcanzaban; sin engreirse de las preferencias de que era objeto, lo que en otras criaturas hubiera sido causa de soberbias inclinaciones, en ella fué como rocío del cielo que fertiliza la buena tierra y le hace dar ciento por uno de la semilla que se le confía.

¿Cuándo aprendió á leer? Sin duda poco después de hablar; era muy pequeña, y ya deletreaba en un libro de Horas de su madre; escuchaba con avidez las lecciones que oía recitar á sus hermanos, y conservaba en la memoria todo lo que podía de ellas. Despierta cada vez más su inteligencia y sabiamente dirigida, gustábanle mucho las Vidas de Santos, y procuraba imitar en sus acciones los benditos modelos que siempre tenía á la vista. Vamos á referir un episodio que prueba hasta qué punto se impresionaba de lo que leía aquella infantil imaginación, y de qué modo se despertaba en su pecho el anhelo de servir á Dios y padecer por él.

VII

Una tarde, D. Francisco Cepeda, hermano de D. Alonso, paseaba por las orillas del Adaja, cuando, al salir de una senda rudamente accidentada, se halló á la entrada del puente con sus sobrinos Rodrigo y Teresa: ésta de poco más de seis años, y aquél de cerca de ocho.

Los niños se detuvieron al verle, bajaron los ojos, y un vivo encarnado cubrió sus mejillas, mientras el anciano, que en balde buscaba por los alrededores la persona que debía acompañarlos, frunció las pobladas cejas y aumentó con la severa expresión del rostro el temor de los dos hermanos.

—¿Qué es lo que veo?—dijo al fin lentamente.—¿Por qué os encuentro solos y tan lejos de vuestra casa? ¿Dónde vais?

Rodrigo no contestó: temblaba como la hoja en el árbol, y disimuladamente daba con el codo á su compañera, invitándola á responder; el ceño del tío aumentó con tal silencio, y ya amenazaba la situación tomar un sesgo desagradable cuando la graciosa niña, adelantándose con una entereza que probaba su firme resolución, replicó tranquilamente:

—«No nos riña vuesamerced, querido tío; vamos á tierra de moros á pedir que nos descabecen por amor de Nuestro Señor Jesucristo.» (P. Yepes: *Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, cap. I, fol. 11.)

Hondamente conmovido de tanta inocencia y ardiente amor á Dios, D. Francisco respondió con

más blandura de la que se hubiera podido esperar.

—Vamos, vamos á casa por ahora; dejaos de eso, y si el Señor os quiere para mártires, ya os enviará la corona cuando sea su voluntad.

Los dos hermanos cambiaron una triste mirada, pero obedecieron en silencio y tornaron, conducidos por su tío, á la morada señorial, donde reinaba la alarma consiguiente. El amor que todos profesaban á Teresa hizo que no la molestaran con riñas, aunque humildemente se acusó de haber inducido á Rodrigo para que la acompañara en su determinación. Pero convencida por las reflexiones de Doña Beatriz, si bien continuó las piadosas lecturas, dió otro giro á sus deseos.

Ella misma, al referir los sucesos de su niñez, explica así el cambio verificado en los proyectos que hacía para el porvenir:

«Desde que vi era imposible ir adonde me matasen por Dios, determinamos Rodrigo y yo ser ermitaños, y en la huerta de nuestra casa hacíamos ermitas formadas con piedrecillas, que luego se nos caían. Como en mis padres hallaba favor para todo lo que fuese virtud, hacía las limosnas que podía, procuraba soledad para rezar mis devociones, y en especial el Rosario de Nuestra Señora, de que mi madre era muy devota, y nos hacía serlo: gustábame mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas, y aun me parece deseaba yo serlo.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. I, núm. 2.)

Pero los días de tranquila felicidad acababan de desaparecer con la inesperada muerte de Doña

Beatriz, y harto pronto iba su hija á experimentar que los tormentos morales son á veces más crueles que los físicos; por fortuna la había dotado el Señor de una grandeza de alma que había de darle la victoria en las luchas de la vida.